

La lingüística misionera y las polémicas identitarias: La Obra del Padre Marcilla

POR

JORGE MOJARRO ROMERO

No fue una casualidad que la mayor generación de intelectuales de la historia de Filipinas surgiera precisamente durante el último tercio del siglo XIX¹. Con la notable excepción de Japón, ningún país del Este y el Sudeste asiático tuvo en aquel periodo la capacidad de producir tal cantidad de hombres eminentes. El archipiélago magallánico, el penúltimo reducto de una España imperial en imparable decadencia, una España que, paradójicamente, fue la única potencia colonial en Asia que se preocupó en Asia por dotar a sus habitantes con una educación superior a imitación de la que existía en Europa: la Universidad de Santo Tomás desde 1611 y el Colegio San Juan de Letrán desde 1620, fundados por los padres dominicos². La educación pública y gratuita se introdujo en Filipinas en 1863, esto es, seis años después que en la metrópoli, y para 1898 estaban en funcionamiento 2143 escuelas³. Sin ese formidable tejido educativo que, según nos recuerda Benedict Anderson⁴, ninguna otra fuerza colonial, ni la francesa, ni la inglesa, ni la holandesa, se dignó establecer en la región, no habrían podido

¹ Este trabajo es una versión más extensa y actualizada de una investigación preliminar que vio la luz en inglés: “Missionary Linguistics and Identity Controversies”, en APARICIO, A. (ed.), *Lumina Pandit. A Continuum*, UST Miguel de Benavides Library, Manila 2015, 319-337.

² El Colegio de San Ildefonso fue fundado en Cebú por los jesuitas en 1595, pero dejó de funcionar en 1769 tras la expulsión de la Compañía.

³ BAZACO, Evergisto, “Elementary education in the Philippines”, en *Unitas*, 17 (1938) 71.

⁴ *The spectre of comparisons*, Ateneo de Manila, Quezon City 2004, 228.

surgir hombres de la talla de Marcelo H. del Pilar, Isabelo de los Reyes, Pedro Paterno, Pardo de Tavera o el archirrecordado José Rizal. Esa bien llamada generación de ilustrados tuvo como mayor logro agitar las conciencias de los filipinos a través de un riquísimo cuerpo de textos cuyo fin no era otro que “imaginar” Filipinas, definirla, delimitarla, reivindicarla y proclamar su originalidad y su “alma”, oponiéndola, en primer lugar, como cabía esperar, a la metrópoli. El tema principal de sus obras fue Filipinas y la estrategia discursiva giró frecuentemente en torno a lo indígena, lo prehispánico y lo costumbrista, aunque cada autor tuviera preferencias totalmente diferentes, a veces opuestas, que los obligaran incluso a polemizar de manera frontal. Esa misma polémica en torno al problema filipino fue el síntoma más inequívoco de la vitalidad intelectual de esa generación de pensadores⁵.

Una lista sucinta de los títulos de las obras impresas puede ser más que ilustrativa de ese período dorado de las letras filipinas: Pedro Paterno publicó en 1885 *Ninay*, curiosa novela en la que los elementos costumbristas y descriptivos terminan por ahogar la narración; en 1887 dio a luz *La antigua civilización tagalog* y en 1890 *Los Itas*, etnografías fantásticas –por lo poco científico– que imaginaban la nacionalidad filipina desde lo indígena. En esa misma línea de nacionalismo fundamentado en lo prehispánico se encuentra la edición anotada de José Rizal a *Sucesos de las Islas Filipinas* (1609), de Antonio de Morga, publicada en París en 1891. El sustancioso capítulo octavo, dedicado a describir las costumbres de los tagalos en los inicios de la colonización española, le sirve de prueba a Rizal para exponer su teoría de la existencia de una civilización refinada, industriosa y avanzada que se vino abajo tras la llegada de los españoles, es decir, una apropiación de la rousseauniana idea del buen indio aplicada a su archipiélago natal⁶. *Noli me tangere* y *El filibusterismo*, novelas publicadas en 1887 y 1891 respectivamente, deben leerse –aunque todavía no se ha hecho suficiente hincapié en este aspecto– bajo el marbete conceptual de ficciones fundacionales,

⁵ Respecto a este tema, véase la monografía de THOMAS, Megan: *Orientalists, Propagandists, and Ilustrados. Filipino Scholarship and the end of Spanish Colonialism*, Anvil Publishing Inc., Mandaluyong City 2016.

⁶ Especialmente recomendables son las últimas ediciones de la obra de Antonio de MORGÁ: la de Hidalgo Nuchera (Polifemo, Madrid 1999) incluye las anotaciones de J. Rizal y W. Retana; menos erudita pero más atractiva es la de Francisca Perujo (FCE, México 2007). En la misma línea argumentativa se sitúa la edición de Pardo de Tavera del tratado etnográfico *Costumbres de los yndios tagalos* (1589), del padre Juan de Plasencia, OFM.

esto es, emparentadas con otras obras hermanas y contemporáneas que vieron la luz a lo largo del siglo XIX en Hispanoamérica –verbigracia, *Enriquillo* (1892), del dominicano Manuel Jesús Galván, o *María* (1867), del colombiano Jorge Isaacs–, obras cuyo denominador común consistía en su propuesta de novelas nacionales, presentadoras de un espíritu colectivo y definidoras de una conciencia nacional⁷. Por el contrario, Isabelo de los Reyes, en *El Folklore Filipino* (1889), volumen de ensayos costumbristas, se enfrenta al tagalocentrismo de sus coetáneos e imagina la nación filipina mediante la escenificación y comentario de costumbres desde una perspectiva ilocana⁸. Estas obras –y muchas otras– ejemplifican sólidamente cómo, con algunas excepciones, el caudal intelectual filipino en el último cuarto del siglo XIX se volcaba preferentemente hacia el ensayo divulgativo, la disertación pseudoerudita y el artículo crítico con la finalidad de debatir sobre la problemática identidad filipina desde la historia, la antropología y la sociología. Las autoridades administrativas y eclesiásticas no se quedaron de manos cruzadas y para contrarrestar estas teorizaciones identitarias publicaron numerosas obras con el fin de definir el Archipiélago en términos hispánicos y justificar, en última instancia, una presencia que se presentaba como bienhechora. En esa línea reivindicativa debemos situar los numerosos libros y folletos referentes a las campañas militares en Mindanao y en el archipiélago de Joló, entre los que destacan los estudios históricos de Montero Vidal, la prolífica obra de Wenceslao Retana y la corta colección Biblioteca Histórica Filipina, que rescató títulos de gran interés para el filipinista.

En este sentido, la lingüística también constituyó un campo de discusión fértil en torno a los problemas de definición identitaria. Asuntos tan aparentemente banales como las convenciones ortográficas provocaron encendidas polémicas en la clase intelectual filipina y la colonia de españoles en el Archipiélago, con agrias acusaciones e interminables réplicas en publicaciones periódicas⁹. El alfabeto filipino, llamado *baybayin*, ofrecía igual-

⁷ SOMMERS, Doris, *Foundational Fictions. The national romances of Latin America*, University of California Press, Berkeley 1991; tomando la fecunda idea de Sommers, presenté una conferencia bajo el título “Rizal y las novelas fundacionales de Hispanoamérica” en V Congreso Internacional de la CELAO (University of Asia & Pacific, septiembre de 2012). El texto forma parte de unas actas que, a día de hoy, siguen sin ver la luz.

⁸ Un estudio panorámico de estas obras, siguiendo el itinerario biográfico de sus autores, en MOJARES, Resil B., *Brains of the nation*, Ateneo de Manila, Quezon City 2006.

⁹ Véase el capítulo 4 de la citada monografía de Megan THOMAS, pp. 141-170, titulado “Is ‘K’ a Foreign Agent? Philology as Anticolonial Politics”.

mente una oportunidad de discusión, puesto que se entendía como un rasgo distintivo de la identidad filipina. Un breve pero contundente opúsculo que, bajo el título *Contribución para el estudio de los antiguos alfabetos filipinos* (1883) publicó en Lausana el humanista Trinidad Pardo de Tavera, joven estudiante a la sazón de la École National de Langues Orientales Vivantes de París, fue el primero de una serie pionera de trabajos lingüísticos que vieron luz en los años sucesivos mediante los cuales indagaba y exponía la hipótesis de una presencia hindú en el Archipiélago previa a la llegada de los musulmanes¹⁰. Pardo de Tavera no aborda el tema de la lengua oficial de Filipinas, problema que aún hoy no ha sido resuelto satisfactoriamente, pero encuentra en sus investigaciones de arqueología lingüística argumentos distintivos que añadir a la configuración de la identidad nacional. Pardo de Tavera es el primer intelectual filipino que ve en la lingüística un arma de agitación cultural.

La obrita, dedicada al filipinista austríaco Ferdinand Blumentritt, obtuvo cierta resonancia en los círculos académicos y ganó para su autor fama de reputado lingüista, ya que mereció inmediatamente dos reseñas elogiosas de Friedrich Muller y una traducción al francés de Meyners d'Estrey, todas en prestigiosas revistas de estudios orientales¹¹. El folleto, de una veintena de páginas, comienza con unas curiosas acusaciones de carácter histórico:

La etnografía filipina, que tanto debe hoy día a los alemanes y a los austríacos, ha recibido tan poca contribución de las plumas españolas, que parece que es cuestión de más interés para los primeros que para los últimos.

Aun en esa misma colección enorme de Historias de Filipinas, más o menos largas, más o menos cargadas de sucesos maravillosos y de relatos de castigos divinos, la cuestión etnográfica es ligeramente tocada por los autores cuya ocupación predilecta ha sido el relato de los sucesos político-religiosos¹².

¹⁰ Estas obras son: *El sánscrito en la lengua tagalog* (1887) –realmente valioso–, *Consideraciones sobre el origen de nombre de los números en tagalog* (1889) y *Etimología de los nombres de razas filipinas* (1901). Pardo de Tavera publicó, además, numerosos artículos lingüísticos de carácter divulgativo a lo largo de su vida.

¹¹ *Oesterreschische Monatsschrift fur den Orient* (Viena, 1885), *Journal of the Straits Branch of the Royal Asiatic Society*, 17 (Singapur, 1886) y *Annales de l'Extreme-Orient* (1885), respectivamente.

¹² PARDO DE TAVERA, T. H., *Contribución para el estudio de los antiguos alfabetos filipinos*, Hermanos Jaunin, Lausana 1883, 5-6.

El joven Pardo de Tavera desconocía la existencia del *Tratado de las Yslas Philipinas* (1580) de Miguel de Loarca¹³, el pequeño recuento etnográfico de Juan de Plasencia (1582) –que él mismo editaría algunos años después– o la vasta obra del padre Alzina acerca de los indios de las Islas Bisayas¹⁴, y ni siquiera llevaba la razón en que ningún autor español había realizado una monografía dedicada en exclusiva a los alfabetos filipinos, ya que el padre Pedro Andrés de Castro había dejado manuscrito una *Ortografía y reglas de la Lengua Tagalog acomodadas a sus propios caracteres* (1776)¹⁵ y ya la misma publicación de la *Doctrina Christiana* en 1593 en caracteres tagalos –cuya existencia Pardo de Tavera ignoraba– denota un genuino interés por el asunto. El tema, pues, había sido ampliamente documentado y discutido –aunque, lógicamente, no desde una perspectiva estrictamente filológica– entre los misioneros que se dedicaron a la publicación de gramáticas y vocabularios, como su propio folleto se encarga curiosamente de desmentir implícitamente páginas más adelante. Pardo de Tavera procede en su argumentación, incoherentemente, tomando mucho más en cuenta los trabajos de los autores extranjeros (Thévenot y Jacquet, fundamentalmente, –bibliografía secundaria, al fin y al cabo–), que la de los misioneros españoles que obtuvieron información directa en el terreno (Chirino, Gaspar de San Agustín, Colín, Ezquerria, Méntrida, entre otros). Es más que probable que su xenofilia estuviera ideada para ganarse el aprecio intelectual de sus colegas europeos, o que estuviera motivada por su situación personal, ya que su familia había sido forzada al exilio por subversión y no había sido tratada precisamente con delicadeza por las autoridades coloniales. Esta elección metodológica tuvo, empero, varias consecuencias: por un lado, su folleto careció de rigor y exactitud –como demostró el incisivo Retana algunos años después– y no consultó otras fuentes primarias, probablemente por desconocimiento. Pero por otro lado, es de reconocer que gracias a los métodos de la filología comparada aprendida en París, ganó en interés teórico y aportó indudables avances en la lingüística filipina: relacionó los alfabetos filipinos con los existentes en Malasia e Indonesia y situó su origen probable en India. Así mismo, defen-

¹³ Transcrito en GÓRRIZ ABELLÁ, Jaume, *Filipinas antes de Filipinas*, Polifemo, Madrid 2010, 37-92.

¹⁴ Publicada en tres tomos por Victoria YEPES (CSIC, Madrid 1996-1998).

¹⁵ Editado por Antonio GRAIÑO (Madrid: Librería General de Victoriano Suárez, Madrid, 1930).

dió la básica unicidad de los diferentes alfabetos filipinos y abogó por la existencia de la escritura horizontal, de izquierda a derecha, desde sus comienzos.

La obra del padre agustino Cipriano Marcilla se explica en gran medida como una reacción patriótica a las acusaciones de Pardo de Tavera que es, simultáneamente, una reivindicación de los trabajos lingüísticos de los misioneros españoles y, más concretamente, una exaltación de la figura del agustino Francisco López. Titulada *Estudio de los antiguos alfabetos filipinos*, vio la luz en la imprenta del Asilo de Huérfanos de Malabón en 1895. Su autor había nacido en 1851 en Santa Cruz del Monte, Palencia, llegó a Filipinas en la misión agustina de 1873, y a finales del año siguiente fue enviado a Ilocos Norte “a fin de que se impusiese en el idioma de los naturales”¹⁶. Tras breves estancias en los pueblos de Sarrat (Ilocos Norte) y Santo Tomás (La Unión), desde 1877 ejerció la misión en Villavieja (Abra), fundó el convento de San Juan (Ilocos Norte), y en 1885 se estableció en Batac (Ilocos Norte), donde se encontraba a la sazón cuando publicó su estudio¹⁷.

Este trabajo no debe desvincularse de otras dos obras de carácter lingüístico que el propio padre Marcilla editó en la misma imprenta y el mismo año: una *Gramática Ilocana* de Francisco López¹⁸, y el *Libro a naisurátan ámin ti bagas...* en lengua ilocana y alfabeto filipino que el mismo misionero agustino publicó en 1621. La primera es una reedición, con anotaciones a pie de página de los cambios que la lengua ilocana ha ido sufriendo

¹⁶ Según nos informa el padre SANTIAGO VELA, Gregorio de, *Ensayo de una biblioteca ibero-americana de la Orden de San Agustín*, V, Imp. del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, Madrid 1920, 156-157, de quien tomamos sus datos biográficos. Cfr. también JORDE PÉREZ, Elviro, *Catálogo bio-bibliográfico de los religiosos agustinos de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús*, Establecimiento tipográfico del Colegio de Santo Tomás, Manila 1901, 580-581.

¹⁷ Tras publicar las tres obras, permaneció en Batac, donde dirigió la obra del tribunal, hasta 1897, fecha en la que fue nombrado prior vocal y director del Asilo de Huérfanos. El 3 de septiembre del año siguiente marchó a Macao, forzado por la guerra, donde fue nombrado Presidente de la nueva residencia de la Provincia hasta el 2 de abril de 1900, fecha de su fallecimiento.

¹⁸ Muy poco se sabe a ciencia cierta de la vida de este gran lingüista, ni tan siquiera su lugar de nacimiento o la fecha en la que falleció. Cfr. el documentado estudio introductorio de Joaquín GARCÍA-MEDALL a la edición facsimilar de Francisco LÓPEZ, *Arte de la lengua iloca*, AECE, Madrid 2010, especialmente las pp. 27-28, y SUEIRO JUSTEL, Joaquín: *Historia de la lingüística española en Filipinas*, Lugo: Axac, 2007.

en los últimos años, del *Arte de la lengua yloca* (1793) del padre Andrés Carro¹⁹, que es, a su vez, reedición modernizada del *Arte de la lengua Yloca* (1628) de Francisco López. El padre Marcilla, en el aviso con el que abre la obra, no duda en afirmar que el padre López “fue el primero que echó los cimientos de la Filología comparada en relación estrecha con la Etnología”, y lo compara con los padres de la Asiriología²⁰. Ciertamente, el talento lingüístico del padre Francisco López se confirma en la segunda de estas obras: *Libro a nai surátan ámin ti bagas ti doctrina cristiana...*, publicado originalmente en 1621 en el convento de San Pablo de Manila, y que es sexta edición, y no tercera –ni cuarta–²¹, como corrige atinadamente W. Retana²². En el “Prólogo y Dedicatoria”, el misionero agustino explica que el provincial Miguel García Serrano le mandó hacer la traducción al ilocano de la *Doctrina Christiana* de San Roberto Belarmino y que, ayudado de un ciego natural de Bantay llamado Pedro Bucaneg, la llevó a buen término tras diez años de trabajo. El padre López justifica su arduo trabajo de transcripción en ilocano y alfabeto filipino de la *Doctrina Christiana*, seguida de una traducción ilocana en alfabeto romano del *Belarmino*, en la necesidad de “darles en leche (a los naturales) la doctrina”, pues “son recién nacidos en la fe”²³. Es decir, en su labor misionera trató de acercarlos y facilitarles tanto como pudo el mensaje de la cristiandad y para ello no escatimó esfuerzos en el estudio del ilocano. El traductor no oculta “la inclinación natural que el mismo Señor me dio a la lengua”, y al lector de hoy tampoco le pasará desapercibido: algo tan moderno como el problema de la tradu-

¹⁹ Su portada informaba “corregido, y añadido según lo que ahora se usa”. Retana, en su reseña a la obra del padre Marcilla, demuestra convincentemente que el padre Carro se apropió de y plagió el manuscrito realizado por el agustino Pedro Vivar, titulado *Calepino Ylocano*, de fines del siglo XVIII y conservado hoy en la Biblioteca de los Agustinos en Valladolid. Véase la nota siguiente.

²⁰ MARCILLA MARTÍN, Cipriano OSA: “Al lector”, en Francisco LÓPEZ-Andrés CARRO, OSA, *Gramática Ilocana*, Estab. Lit. Tip. del Asilo de Huérfanos, Malabón 1895. Wenceslao Retana, parco en elogios, también reivindicó su figura: “yo le tengo por la personificación misma del genio de la Lingüística”, en *Los Antiguos Alfabetos de Filipinas – Notas Bibliográficas*, Minuesa de los Ríos, Madrid 1895, 6.

²¹ Como trata de corregir a última hora el padre Marcilla en su presentación “Al Lector”, en Francisco LÓPEZ, *Libro a nai surátan ámin ti bagas ti doctrina cristiana...*, Estab. Lit. Tip. del Asilo de Huérfanos, Malabón 1895, liii.

²² *Aparato Bibliográfico de la Historia General de Filipinas*, III, Minuesa de los Ríos, Madrid 1906, 1895.

²³ LÓPEZ, *Libro a nai...*, xxvii y ss.

cibilidad es atajado en una sección previa denominada “Definiciones de los vocablos que en este libro no ha podido excusar, la lengua ilocana tomar de la castellana”, donde explica, en ilocano, el significado de palabras como ‘Libro’, ‘caridad’, ‘milagro’, ‘judíos’, ‘mundo’, ‘mártires’, etc. Con buen criterio, se aleja de la ortografía española en el uso de la *g* y la *k* “por no difrazar las raíces”²⁴, –argumento que utilizará Pardo de Tavera 250 años después²⁵– e ingenia un modo para transcribir las consonantes a final de sílaba en el alfabeto filipino, que no las señalaba y complicaba la lectura enormemente. En cualquier caso, estos dos monumentos lingüísticos lopecianos le servirán al padre Marcilla de apoyo y sostén en sus ideas acerca de los antiguos alfabetos filipinos y la producción lingüística de los misioneros españoles. El lingüista agustino refuta de este modo las acusaciones de desidia científica por parte de Pardo de Tavera y conforma una vindicación de la extraordinaria labor del agustino Francisco López en favor de la lengua ilocana.

Estudio de los antiguos alfabetos filipinos fue la obra en la que el padre Cipriano Marcilla plasmó su visión de la lingüística misionera y cifró su contribución como estudioso de las lenguas filipinas²⁶. El esmero en la edición se percibe desde el diseño de la exuberante portada, de autor desconocido, que mezcla el gusto fin de siglo con lo tropical: en el centro del cuadro destaca un sol naciente en el horizonte de un mar donde están anclados, no lejos de la orilla, dos inconfundibles barcos de vela españoles. En tierra, ya en primer plano, se distinguen una casa de nipa coronada de flores, una palmera y un profesor enseñando a un alumno el alfabeto filipino en un escampado. Esta escena rústica forma parte de un cuadro en cuyo marco se destacan, en cada esquina, los escudos del Vaticano, Castilla, Manila y los Agustinos Calzados, en cada lateral un conquistador barbudo y un indígena armado; en la parte superior, un ángel sustenta una banda que como bendición, en alfabeto filipino, dice “ABCD por la señal de la Santa Cruz”; en la parte inferior, simbolizando la modernidad y el progreso aportados por la metrópoli, una locomotora con vagones atraviesa el campo cerca de un muro de ladrillos. Orlas, florituras y adornos varios se apelma-

²⁴ *Ibid.*, lii.

²⁵ THOMAS, *Orientalists*, 143-149.

²⁶ De hecho, leyendo los diferentes prólogos nos percatamos de que, aunque publicadas en el mismo año, el *Estudio* fue la primera que dio a luz, la *Gramática* la segunda y la traducción del Belarmino, la tercera. Los tres libros deben entenderse como parte de la misma campaña de restitución intelectual llevada a cabo por el padre Marcilla.

zan en los espacios libres dando una sensación de recargamiento barroquizante, muy del gusto modernista. El mensaje que lanza, empero, a través de su simple simbología es obvio: el progreso, la educación y la prosperidad están llegando a la hermosa y paradisíaca Filipinas de mano de la obra civilizadora de los españoles y la obra misionera de las órdenes religiosas.

La ornamentación no merma en las páginas del libro: cada página está enmarcada en los márgenes superior e izquierdo por los nombres de hasta veintidós misioneros, indicando además la lengua en la que han publicado alguna gramática o diccionario. Una imagen de Jesucristo en la esquina, el convento de San Agustín, un misionero alzando la cruz y un soldado alzando la bandera sobre el membrete “Religión Patria”, y el sello de los Agustinos Calzados completan el persistente entramado extratextual. El padre Marcilla, haciendo uso de instrumentos más propios de la mercadotecnia, decide hacer acompañar las reivindicaciones patrióticas y religiosas del texto con un apoyo visual coherente, moderno y de impacto.

El prefacio “Al Lector” constituye toda una declaración de intenciones. Tras llamar la atención sobre la figura de Francisco López, “el filólogo más ilustre de estas islas”, plasma una enérgica protesta:

“Quizá sin la afirmación rotunda de que *nadie se ha ocupado especialmente de esta cuestión, si se exceptúa a Mr. Jacquet*, jamás nos habiéramos determinado a romper el silencio; pero la injusticia que esta afirmación envuelve y la acusación que entraña de descuido y abandono en los españoles relativamente a este punto, acusación puesta de relieve en los elogios que se tributan a los escritores *alemanes y austríacos*, como si ellos solos se hubieran ocupado de esas materias; nos obligan a entrar en el esclarecimiento de este punto [...] aunque sólo sea para vindicar la honra de nuestros antepasados a quienes cabe la inmarcesible gloria de habernos legado las fuentes más puras, a donde nos es preciso acudir para conocer algo de la historia, usos, costumbres e ilustración de estos naturales antes y después de la conquista”²⁷.

El padre Marcilla, por delicadeza, no menciona ni al estudioso ni la obra que tanto le enfadan: la *Contribución al estudio...* de Pardo de Tavera, autor que sí es citado, en términos positivos, páginas más adelante. Refiriéndose continuamente a esta obra, el misionero palentino insiste:

²⁷ MARCILLA MARTÍN, Cipriano, *Estudio de los antiguos alfabetos filipinos*, Tipo-Litografía del Asilo de Huérfanos, Malabón 1895, 10-11. Las cursivas son del original.

“Nos parece poco noble y nada justo desconocer la trascendencia y grandísimo interés que tienen los escritos de los españoles, particularmente de los misioneros, para dilucidar cualquier punto relativo a estas islas”²⁸.

En consecuencia, el primer capítulo, titulado furiosamente “Los que se han ocupado en los antiguos alfabetos filipinos no han dicho más que los *misioneros*”, se yergue como una crítica destructiva de las contribuciones no españolas al conocimiento de los alfabetos filipinos: Marcilla sostiene que ningún erudito extranjero ha aportado nada realmente nuevo o relevante en cuanto al conocimiento de las lenguas y los alfabetos en Filipinas en tanto que no han hecho sino nutrirse de los datos suministrados por los misioneros españoles. Para demostrar su aserto, Marcilla cita a cada autor por separado y enuncia en qué autor español se ha basado cada uno para redactar sus elucubraciones. Debe hacerse notar que la crítica a Pardo de Tavera no se dirige en ningún momento a sus comentarios estrictamente lingüísticos, ciencia en la que el filipino le superaba, sino a su negación de la ingente labor lingüística realizada por los españoles. De hecho, Marcilla no pone reparos en citar a Pardo de Tavera más adelante cuando cree necesario para corroborar y confirmar sus conclusiones acerca de los alfabetos filipinos.

Quizás la parte más interesante y valiosa de toda la obra para el lector de hoy sea el capítulo segundo, donde realiza la transcripción desde las fuentes directas de dieciséis alfabetos filipinos, algunos de ellos inéditos, como el número 7 –de los zambales– o el número 12 –de un manuscrito inédito de Álvaro de Benavente de 1699–. No conforme con esta exhibición documental, Marcilla añade una sección denominada “Cuadros Paleográficos” donde expone los alfabetos compilados por otros estudiosos, así como facsímiles de escrituras contemporáneas de tagbanuas y manguianes. De este modo, pone al alcance del lector curioso y erudito la mayor compilación de alfabetos filipinos hasta la fecha. De todos ellos, Marcilla, en un ejercicio de honestidad intelectual, explica su fuente o procedencia. Sin embargo, la metodología que sigue no es propiamente la comparativa, salvo para afirmar, en el capítulo tercero, que todas las escrituras se reducen realmente a una y que sus diferencias son más bien de trazado, algo que habían afirmado previamente Sinibaldo de Más y Pardo de Tavera. Lo que el padre Marcilla se propone tras ese despliegue de medios es, además de con-

²⁸ *Ibid.*, 11.

firmar el copioso tratamiento del tema por parte de los misioneros, afirmar la primacía, pureza y autenticidad del alfabeto de su compañero de orden con argumentos más bien peregrinos, con el objetivo de imponerlo sobre los demás: Francisco López como canon caligráfico de los antiguos alfabetos filipinos.

Tras unos capítulos centrales faltos de claridad expositiva en los que abundan las digresiones no pertinentes y algunos comentarios científicamente improcedentes, aborda la ingeniosa reforma ortográfica inventada por Francisco López, destinada a facilitar la lectura, así como el problema de la dirección de la escritura, pues parecía no haber consenso sobre si se escribía de izquierda a derecha, en vertical o en horizontal. Curiosamente, previo examen de todas las fuentes consultadas, llega a la misma conclusión que Pardo de Tavera, esto es, que los filipinos originalmente seguían la misma dirección en la escritura que los españoles.

El tema de la ortografía moderna del tagalo es tratado en el último capítulo y retoma una significativa polémica que surgió entre julio y octubre de 1889, según la cual en *Revista Oriental* se defendía una modernización de la escritura (*g* como grafía para la gutural sonora, aun delante de *u* y *e*, *k* como gutural oclusiva, en sustitución de la *c*, *w* en sustitución de la *u* en los diptongos) y en *Revista Católica de Filipinas* se abogaba por la permanencia de la ortografía propuesta por los misioneros desde la reducción de la lengua al alfabeto latino. Marcilla se muestra reacio a cualquier tipo de innovación e invoca la tradición y la autoridad de la Real Academia Española de la Lengua para justificar su posición. Más allá de las posiciones que tomaran los dos bandos, lo más relevante es constatar la guerra ideológica que subyacía en una polémica meramente lingüística –y aparentemente baladí– y que ilustra a la perfección las fricciones germinales preexistentes a la revolución de 1896: permanecer fiel a la ortografía dada por los españoles significaba respeto y unidad, mientras que adoptar una nueva ortografía significaba dar un paso adelante en la diferenciación identitaria del filipino y la deseada independencia²⁹. Son bien conocidas las disputas que

²⁹ El trinomio lengua/identidad/nación y sus posibles articulaciones –y manipulaciones– es abordado desde una perspectiva panorámica y con numerosos ejemplos por EVEN-ZOHAR, Itamar: “Linguistic conflict and national identity”, en *Papers on cultural research*, Tel Aviv University, Tel Aviv 2005, 128-138. En las polémicas sobre los alfabetos en relación con la identidad, el profesor israelí no cita el ejemplo filipino, aunque sí, verbigracia, el de Yugoslavia tras su desmembración.

se levantan en cuanto se propone una reforma ortográfica en alguna lengua de Europa; así pues, ya en las Filipinas de finales del siglo XIX se discutían enérgicamente cuestiones de tremenda actualidad³⁰.

A la obra de Marcilla le siguió una inmediata respuesta del omnipresente bibliófilo español W. Retana, que le puntualiza una serie de errores y omisiones debidos sobre todo a la falta de acceso a ciertas fuentes, como su referencia a Thévenot como autor y no compilador, o la ausencia del padre Vivar, y le refrenda en su cruzada en favor de los trabajos lingüísticos que los misioneros españoles han llevado a cabo durante trescientos años:

“... a quien [*sic*] nadie puede regatear la gloria inmarcesible de haber, antes que ningunos otros, fijado el valor de esas lenguas y sus reglas gramaticales, así como haber sido los primeros también en dar a la estampa los caracteres peculiares del modo de escribir de los antiguos indios”³¹.

El incombustible filipinista, conocido entre los filipinos por su afilada pluma, no duda en elogiar la obra de Marcilla casi sin reparos:

“El trabajo de usted es el más completo, metódico y razonado de cuantos acerca de la materia registra la Bibliografía internacional [...] Hoy por hoy, el trabajo de usted es la última palabra; ha aportado Ud. a la materia de que se trata mucha luz y bastantes datos nuevos [...] Le declaro a Ud. irresponsable de los más de los defectos [...] Tenga Ud. por seguro que los verdaderos filipinólogos, los hombres de ciencia en general, saludarán el trabajo de Ud. con todo el respeto que labor tan concienzuda se merece”³².

El aludido Pardo de Tavera, ante una obra que respondía a la suya con sólidos argumentos y que le superaba, si no en metodología, sí en exhaustividad, se tomó una pequeña venganza algunos años después al afirmar despreciativamente, en la entrada de su bibliografía correspondiente al librito de Marcilla, que “el autor no entiende una palabra de cosas de paleografía, cosa que se revela leyendo su obra”³³. No consiguió así, el erudito filipino, desacreditarle para la posteridad. La obra de Marcilla, verdadera joya de las imprentas finiseculares, ha sido y es, aún hoy, lugar de parada

³⁰ Y que, desgraciadamente, ya no interesan tanto hoy al filipino de a pie.

³¹ RETANA: *Antiguos Alfabeto Filipinos*, 1.

³² *Ibid.*, 9.

³³ PARDO DE TAVERA, Trinidad Hilario, *Biblioteca Filipina*, Government Printing Office, Washington 1903, 248.

obligatoria para todo aquel que quiera acercarse al estudio de los antiguos alfabetos filipinos³⁴. A pesar de su falta de formación lingüística, su compilación de alfabetos, sin ser completa, fue la más exhaustiva en el momento en que vio la luz. Su reivindicación de la abundante obra lingüística de los misioneros españoles, nacida como reacción enérgica en un contexto histórico delicado, donde cada gesto contaba, a un opúsculo académico con comentarios antiespañoles, no sólo fue una contribución lingüística de extraordinario valor, sino que anticipó en casi cien años, aunque fuera de forma embrionaria, el surgimiento de una disciplina relativamente reciente que está recuperando y reevaluando una ingente cantidad de gramáticas y vocabularios de gran valor: la lingüística misionera³⁵.

³⁴ Cfr. por orden cronológico, los mejores estudios: VILLAMOR, Ignacio, *La Antigua Escritura Filipina*, Universidad de Santo Tomás, Manila 1922, que compila una buena bibliografía hasta la fecha; SANTAMARÍA, Alberto, “El baybayin en el Archivo de Santo Tomás”, en *Unitas* 16 () 441-480; ESPALLARGAS, Joseph C., *A study of the ancient Philippine Syllabary*, Ateneo de Manila, Quezon City 1974, tesis inédita de licenciatura; SILGO GAUCHE, Luis, *Escrituras Filipinas Precolombinas*, Valencia 1986, memoria inédita de licenciatura. Este último autor ofrece una buena introducción con bibliografía más actualizada, aunque con erratas, en “Fuentes para el estudio del *Baybayin*, escritura prehispánica filipina”, AA. VV., *Extremo Oriente Ibérico*, 1989, 257-267.

³⁵ Una panorámica de las tareas llevadas a cabo por este área de estudios hasta 2012 en ZWARTJES, Otto, “The historiography of Missionary Linguistics: present state and further research opportunities”, en *Historiographia Linguistica* 39 (2012) 185-242.

